

Ya habían sido asignadas las provincias á los cónsules y se mandó á éstos sortearlas, tocando España á Cornelio, y África con la Sicilia á Sempronio. Decretóse que los cónsules alistarían este año seis legiones y cuantos aliados quisieran, y que la flota sería todo lo numerosa posible. En Roma se inscribieron veinticuatro mil infantes y ochocientos jinetes (1), y entre los aliados cuarenta mil peones y cuatro mil cuatrocientos caballos. En cuanto á la flota, la formaron doscientas veinte quinqueremes y veinte naves ligeras. En seguida se propuso al pueblo aprobar y decretar la declaración de guerra contra Cartago. Celebráronse con este motivo rogativas públicas en la ciudad, y se pidió á los dioses que concediesen feliz resultado á aquella guerra que emprendía el pueblo romano. Las tropas se repartieron entre los cónsules del siguiente modo: Sempronio recibió dos legiones (cada legión tenía cuatro mil hombres de á pie y trescientos caballos), diez y seis mil infantes y mil ochocientos jinetes auxiliares y además ciento sesenta naves largas y doce ligeras. Sempronio fué enviado á Sicilia, al frente de las fuerzas de mar y tierra, con orden de pasar al África, si el otro cónsul bastaba para arrojar á los cartagineses de Italia. Cornelio recibió menos tropas, porque el pretor Manlio había ido hacia la Galia con un cuerpo bastante considerable. Su flota especialmente fué muy pequeña, no recibiendo más de sesenta quinqueremes; no creyéndose que el enemigo llegase por mar, y, por consiguiente, que no habría batalla naval. Por lo demás, le dieron dos legiones con su caballería, catorce mil infantes aliados y mil seiscientos caballos, dos legiones romanas con seiscientos jinetes. Hacia la Galia, sobre la que iba á caer este

(1) Constando la legión de cuatro mil infantes y trescientos caballos, el total de las seis legiones daba veinticuatro mil de los primeros y mil ochocientos de los segundos.

año la guerra púnica, dirigieron diez mil hombres de infantería aliada y mil de caballería.

Terminados estos preparativos, con objeto de hacerlo todo en justicia antes de la guerra, los romanos nombraron legados á cinco varones venerables, Q. Fabio, M. Livio, L. Emilio, C. Licinio y L. Bevio, para que preguntasen á los cartagineses si Aníbal había sido autorizado para sitiar á Sagunto y para declararles la guerra en el caso muy probable de que confesasen el hecho y lo defendiesen. Cuando llegaron á Cartago los legados romanos, fueron introducidos en el Senado, y Fabio hizo sencillamente la pregunta que le habían encargado. En el acto se levantó un cartaginés, diciendo: «Romanos, temeraria fué sin duda vuestra primera legación, cuando vinisteis á reclamar á Aníbal como único culpable del sitio de Sagunto; pero ésta, más moderada en los términos, es en realidad mucho más violenta. Entonces el acusado y reclamado era solamente Aníbal; hoy pretendéis imponernos á todos la confesión de una falta, y como consecuencia, la reparación inmediata. Por mi parte creo que la cuestión está en saber, no si el sitio de Sagunto es resultado de voluntad pública ó privada, sino si ha sido legítimo ó injusto. Porque solamente á nosotros compete juzgar y castigar á nuestro conciudadano, haya obrado por sí ó por nuestra orden. Solamente tenemos que discutir con vosotros un punto: si podía hacerse dentro del tratado. Ahora bien: puesto que os place distinguir entre los actos de los generales los que les son personales y los que se les ordenan, entre Roma y nosotros existe un tratado concluido por el cónsul Lutacio, en el cual se hicieron estipulaciones para los aliados de las dos partes y en manera alguna para los saguntinos, porque no eran á la sazón aliados vuestros. Pero se dirá: en el tratado ajustado con Asdrúbal se exceptúa á los saguntinos. Á esto



solamente contestaré lo que vosotros mismos me habéis enseñado. Vosotros no os habéis creído obligados por el tratado del cónsul Lutacio, porque no le habían autorizado el Senado ni el pueblo: en consecuencia, le renovó el poder público. Si, pues, vosotros solamente admitís aquellos tratados que están redactados por vuestra sanción y vuestra orden, tampoco puede obligarnos el que firmó Asdrúbal sin conocimiento nuestro. Por tanto, no habléis de Sagunto ni del Ebro, y que estalle hoy al fin lo que desde mucho tiempo está escondido en vuestros ánimos.» Entonces, haciendo Fabio un pliego á su toga, dijo: «Os traemos la paz ó la guerra: elegid.» «Elegid vosotros mismos,» exclamaron con igual altivez. Y cuando el romano, dejando caer el recogido de la toga, dijo: «la guerra,» todos contestaron «la guerra,» y que la harían con tanto ardimiento como la aceptaban.»

Pareció más conforme con la dignidad del pueblo romano una pregunta terminante seguida de la declaración de guerra, que disputas de palabras acerca de los derechos de los tratados, antes de la ruina de Sagunto y mucho más después de su caída. En efecto, si tal discusión hubiese tenido algún valor, ¿cómo hubieran podido comparar el tratado de Asdrúbal con el primero de Lutacio, que fué modificado en seguida? Lutacio cuidó de añadir esta cláusula: «Que solamente sería válido mediante la ratificación del pueblo romano.» Pero en el tratado de Asdrúbal no había ninguna restricción; mas un silencio de muchos años le había confirmado de tal manera en vida de aquel general, que nada se cambió después de su muerte. Sin embargo, aunque se hubiesen atendido al primer tratado, los saguntinos estaban bastante garantidos por la excepción estipulada en favor de los aliados; porque no se había añadido «de los que lo son actualmente» ni «que no se aceptarían otros

en adelante.» Y puesto que podían admitirse nuevos aliados, ¿habría sido justo no recibir á pueblo alguno en la amistad de los romanos, por ningún servicio, ó no defenderle después de admitido? Solamente quedaban obligados los romanos á no inducir á la defección á los aliados de Cartago, y en el caso de que se separasen, á no ajustar alianza con ellos. Los legados romanos, en conformidad con sus instrucciones, pasaron de Cartago á España, con objeto de visitar los pueblos de este país, para procurar atraerlos ó separarlos de los cartagineses. Primeramente se acercaron á los bargusianos, que les recibieron muy bien, porque estaban cansados de la dominación púnica. Otros muchos pueblos allende el Ebro experimentaron también el deseo de tentar fortuna. En seguida pasaron á los volcianos, cuya respuesta, repetida muy pronto por toda España, separó de la causa romana á los otros pueblos. El más antiguo de todos ellos contestó á los legados: «¿Cómo os atrevéis, romanos, á venir con la pretensión de que sacrifiquemos la amistad de los cartagineses á la vuestra, cuando los saguntinos, que os creyeron, han experimentado por parte vuestra una traición mucho más cruel que la venganza de su enemigo? Creednos; buscad aliados en parajes donde se ignore la desgracia de Sagunto. Para los pueblos españoles, las ruinas de esa ciudad serán una enseñanza tan triste como solemne acerca de la confianza que merece la fe de los romanos.» Intimidados para que saliesen en seguida del país de los volcianos, los legados no encontraron en adelante palabras benévolas en ninguna ciudad española, y después de recorrer inútilmente la España, pasaron á la Galia.

Allí contemplaron un espectáculo tan nuevo como terrible, cuando los galos, según su costumbre, acudieron completamente armados á la asamblea, y cuando los legados, ensalzando la gloria, la virtud del pueblo



romano y la grandeza de su imperio, pidieron á los galos que no franqueasen paso por sus campos y ciudades á los cartagineses, que llevaban la guerra á Italia, tales carcajadas estallaron, según se dice, y tales murmullos, que costó mucho trabajo á los magistrados y á los ancianos calmar á los jóvenes: tan imprudente y necia les parecía la proposición de cerrar el paso á la guerra que amenazaba á Italia, para atraerla sobre ellos mismos y exponer sus campos á la devastación para preservarlos de los extranjeros. Calmado al fin el tumulto, respondieron á los legados: «Que los galos no habían recibido favores de Roma ni injurias de los cartagineses para tomar las armas por Roma ó contra Cartago. Sabían, por el contrario, que los romanos habían arrojado de toda la Italia á los hombres de su raza, agobiándolos con tributos y persecuciones.» En todas las ciudades de la Galia les hablaron casi de la misma manera; y no escucharon ni una palabra de paz ó de hospitalidad hasta que llegaron á Marsella. Aquí, gracias á las activas informaciones de estos fieles aliados, supieron que Aníbal se había apoderado previamente del ánimo de los galos; pero que tampoco podría contar mucho con ellos, tan indomable y arisca es esta nación, si el oro, de que tan ávida es, no le granjeaba el afecto de sus jefes. Después de recorrer de esta manera la España y la Galia, los legados volvieron á Roma poco después de la salida de los cónsules para sus provincias, encontrando la ciudad muy preocupada con la expectación de la guerra, creyéndose cierta la noticia de que los cartagineses habían pasado ya el Ebro.

Tomado Sagunto, Aníbal había invernado en Cartagena. Sabiendo allí lo que se había hecho y decretado en Roma y en Cartago, y viéndose, no solamente jefe, sino causa de la guerra, acelera la repartición y venta de lo que queda del botín, y sin perder momento, con-

voca los españoles de su ejército: «Creo, amigos, les dice, que comprendéis bien que después de haber pacificado la España, debemos terminar nuestros trabajos y licenciar nuestros ejércitos, ó llevar la guerra á otras comarcas; porque la paz y la victoria enriquecerán á la vez á los pueblos de este país, si marchamos á otros en busca de gloria y botín. Ahora bien: puesto que se presenta una guerra lejana y no puede decirse cuándo volveréis á ver vuestras murallas y todo lo que os es querido, si algunos de vosotros desean visitar sus familias, licencia les doy para ello; pero estad de regreso para los primeros días de la primavera, con objeto de que, con el auxilio de los dioses comencemos una guerra que nos promete mucha gloria y botín.» Á todos agradó este permiso para ir á ver á sus familias, porque estaban mucho tiempo ya separados de ellas y preveían en lo venidero separación más larga todavía. El descanso de todo el invierno, entre los trabajos pasados y los futuros, renovó la fuerza y el valor para nuevas fatigas. El regreso de la primavera les trajo á todos á sus puestos. Aníbal, después de revistar las tropas auxiliares, marchó á Cádiz para cumplir los votos que había hecho á Hércules, y se impuso otros nuevos, si continuaba favoreciéndole la fortuna. En seguida, compartiendo sus cuidados entre la guerra ofensiva y la defensiva, para que durante su marcha á Italia, por España y la Galia, no quedase el África abierta á los romanos por el lado de Sicilia, decidió dejar allí formidable guarnición. En cambio pidió al África refuerzo de tropas ligeras, especialmente arqueros y honderos, de manera que los africanos debían servir en España y los españoles en África, con tanto mayor celo cuanto que, lejos de su país, unos y otros serían en cierto modo rehenes respectivos. Hizo, pues, pasar al África trece mil ochocientos cincuenta peones de escudo ligero, ochocientos setenta



honderos mallorquines y mil doscientos jinetes de diferentes naciones, con orden de que quedasen en Cartago parte de estas tropas y distribuir las demás en África. Al mismo tiempo marchan sus reclutadores á las diferentes ciudades para levantar cuatro mil jóvenes escogidos, á quienes envía á Cartago para que sirvan á la vez de defensores y rehenes.

No queriendo tampoco descuidar la España (porque no ignoraba que los legados romanos la habían recorrido en todas direcciones, procurando seducir á los jefes), encargóla á la actividad de su hermano Asdrúbal, á quien dejó un ejército formado principalmente de africanos, y que constaba de once mil ochocientos cincuenta infantes de Africa, trescientos ligurios y quinientos baleares; además quinientos jinetes libifencios (1), raza mezclada de fenicios y africanos, mil ochocientos moros y húmedas de las riberas del Océano y doscientos jinetes ilergetas, de origen español. Para que no faltase nada á las fuerzas terrestres, añadió catorce elefantes. Asdrúbal recibió además una flota para defender la parte marítima, porque era verosímil que los romanos, victoriosos en el mar, se presentasen otra vez en él. Componíase esta flota de cincuenta quinqueres, dos cuadreres y cinco trireres; pero solamente treinta y dos quinqueres y las cinco trireres estaban provistas de remeros. De Cádiz volvió el ejército á invernar en Cartagena. Partiendo Aníbal de esta ciudad, pasó por Etovisa y llevó el ejército hacia el Ebro y las costas. Dícese que aquí vió en sueños un joven de forma divina, que decía ser enviado por Júpiter para

(1) Unidos los habitantes de Bizancio con los cartagineses se confundieron de tal manera que dieron lugar á una gente nueva conocida con el nombre de Libifencia, que ocupaba la parte más rica y fértil del país y que se distingue en muchas ocasiones de los libios propiamente dichos.

guiarle á Italia y que le mandó seguirle sin perderle jamás de vista. Dominado por el estupor, Aníbal le siguió al principio, sin mirar en derredor ni detrás; mas por curiosidad natural, empezó á buscar en sí mismo el objeto cuya vista se le prohibía y no pudo dominar el deseo. Entonces vió detrás de él una serpiente prodigiosamente grande que avanzaba entre inmenso montón de árboles y arbustos rotos; después creyó oír un trueno seguido de violenta tempestad. Habiendo preguntado lo que significaban aquel monstruo y aquel prodigio, le contestó una voz «que era la devastación de Italia; pero que continuase su camino sin preguntar más y que respetase los secretos de los hados.»

Regocijado con esta visión, pasa el Ebro por tres puntos, cuidando de enviar delante gentes encargadas de ganar por medio de presentes á los galos, cuyo territorio tenía que atravesar, y de reconocer en seguida los pasos de los Alpes. Noventa mil infantes y mil doscientos caballos pasaron el Ebro bajo sus órdenes. En seguida sometió los ilergetas, los bargusios, los ausetanos y la Lacetania, situada al pie de los Pirineos, entregando todo este país á la custodia de Hannón con objeto de hacerse dueño de las gargantas que unen las Españas con las Galias. Hannón recibió diez mil infantes y mil caballos para conservar esta conquista. Cuando entraron en los desfiladeros de los Pirineos y entre los bárbaros tomó más consistencia el rumor de una guerra con los romanos, retrocedieron tres mil infantes carpetanos, menos asustados de la guerra que de la extensión del camino y de la infranqueable barrera de los Alpes. No atreviéndose Aníbal á llamarles ni á retenerles por la fuerza, por miedo de irritar aquellos caracteres agrestes, envió á sus hogares más de siete mil hombres, en los que había observado repugnancia



á aquella guerra, fingiendo de esta manera haber despedido á los carpetanos.

Temiendo en seguida que los retrasos y la ociosidad blandeasen el ánimo del soldado, atravesó los Pirineos con el resto de sus tropas y acampó en Iliberis. Aunque los galos habían oído decir que la guerra solamente amenazaba á Italia; sin embargo, como era fama que los españoles transpirenaicos habían sido sometidos por la fuerza y les habían impuesto fuertes guarniciones, algunos pueblos sublevados por el temor de la servidumbre, tomaron las armas y se reunieron en Ruscinón. Al recibir esta noticia, temiendo más Aníbal la pérdida de tiempo que la guerra, mandó decir á los jefes de los galos «que deseaba hablar con ellos, que se acercasen á Iliberis ó que él avanzaría hasta Ruscinón, para que la proximidad facilitase la entrevista: que le agradaría mucho recibirles en su campamento, como marcharía sin vacilación al de ellos; que venía como huésped y no como enemigo de la Galia; y que no desenvainaría la espada, si los galos no le obligaban á ello, antes de llegar á Italia.» Estas comunicaciones las hizo un mensajero; pero cuando los jefes bárbaros acercaron su campamento á Iliberis y voluntariamente vinieron al de los cartagineses, seducidos por sus regalos, permitieron al ejército atravesar tranquilamente su territorio pasando cerca de Ruscinón.

No se había recibido aún en Italia otra noticia que la del paso del Ebro, llevada á Roma por los legados de Marsella, y como si hubiese atravesado ya los Alpes Aníbal, se sublevaron los boyos arrastrando á los insubrios, no tanto por su antigua enemistad con los romanos, como porque veían con disgusto las colonias de Placencia y de Cremona, recientemente establecidas en las orillas del Pó, en territorio de los galos. Tomando de pronto las armas, hicieron irrupción en estas

colonias, produciendo tanto terror y desorden, que no solamente la multitud dispersa en los campos, sino los mismos triunviros, que habían ido para la repartición de tierras, no creyéndose seguros en Placencia, se refugiaron en Mutina. Eran estos triunviros C. Lutacio, C. Servilio y T. Annio. En cuanto á Lutacio no hay duda alguna; pero algunos anales mencionan á Q. Acilio y C. Herminio Maso, en vez de C. Servilio y T. Annio, y otros á P. Cornelio Asina y C. Papirio Maso. Tampoco se sabe de cierto si fué violado el derecho de gentes en la persona de los legados enviados á los boyos para hacer reclamaciones, ó si el insulto tuvo lugar contra los triunviros designados para la repartición de las tierras. Los boyos habían rodeado á Mutina; pero como estos bárbaros, ignorantes del arte de sitiar y demasiado holgazanes para los trabajos militares, permanecían ociosos al pie de las murallas de la ciudad, sin procurar derribarlas, fingieron querer tratar de la paz, y los legados, invitados á una entrevista por los jefes galos, fueron aprisionados no solamente contra el derecho de gentes, sino con menosprecio del salvoconducto que habían recibido para las circunstancias. Los galos declararon terminantemente que no les pondrían en libertad si no les devolvían sus rehenes. En cuanto se enteraron de la suerte que había cabido á sus legados y del peligro que amenazaba á Mutina y á su guarnición, ardiendo en cólera el pretor L. Manlio marchó hacia aquella ciudad con algunas tropas en desorden. El camino estaba bordeado de bosques y casi todo el terreno inculto, y entrando en él Manlio sin hacerlo reconocer, cayó en una emboscada, pudiendo llegar con mucha dificultad á la llanura descubierta, después de perder mucha gente. Allí estableció un campamento fortificado, y como los galos no pensaban en atacarle, los romanos recobraron valor, aunque no ignoraban



que habían perecido seiscientos de los suyos. Pronto volvieron á ponerse en camino, y mientras marchó el ejército por parajes despejados, no se presentó el enemigo; pero en cuanto volvió á entrar en los bosques, atacó la retaguardia, introdujo el terror y el desorden en las filas, mató ochocientos hombres y arrebató seis enseñas. Los galos cesaron al fin de hostilizar á los romanos en cuanto salieron de aquella garganta casi impracticable y llena de obstáculos. Una vez en campo raso, marchando con seguridad los romanos, llegaron á Tuseto, caserío inmediato al Pó. Atrincherados allí provisionalmente, gracias á los víveres que traían por el río y á los socorros de los galos brixianos, manteníanse al abrigo contra la constantemente creciente multitud de enemigos.

Quando se anunció en Roma este repentino tumulto y supieron los senadores que la guerra púnica estaba agravada con una guerra gala, enviaron al pretor C. Atilio con una legión romana y cinco mil aliados recientemente levantados por el cónsul, en socorro de su colega Manlio. Atilio llegó á Tarceto sin combatir, porque el temor había ahuyentado ya al enemigo. Habiendo levantado otro legión P. Cornelio para reemplazar la que había llevado el pretor, partió de Roma con sesenta naves largas, siguió las costas de la Etruria, de la Liguria, las montañas de los salienos, abordó á Marsella y acampó cerca de la boca del Ródano más inmediata (este río penetra en el mar por diferentes desembocaduras). Apenas creía que Aníbal había atravesado los Pirineos, cuando le vió prepararse ya para cruzar el Ródano, y no sabiendo adónde acudir á su encuentro, y no habiendo descansado bastante sus tropas de las fatigas de la travesía, envió trescientos jinetes escogidos, con guías marselleses y auxiliares galos, para observarlo todo y reconocer al enemigo sin

exponerse. Aníbal después de calmar á los demás pueblos por el miedo ó por dádivas, había llegado ya al territorio de la poderosa nación de los volscos que ocupa las dos orillas del Ródano. No esperando los volscos poder defender la orilla inferior contra los cartagineses, para hacerse una muralla del río, se trasladaron casi todos al otro lado del Ródano, cubriendo con sus armas la ribera ulterior. En cuanto á los demás ribereños y á los volscos que no habían abandonado sus moradas, Aníbal les decidió con regalos á que le procurasen y construyesen por todas partes barcas, tanto más cuanto que estos pueblos estaban impacientes por ver al ejército cartaginés pasar á la otra orilla y su territorio libre de aquella multitud que lo arruinaba. Pronto reunieron considerable número de barcas y barquillas construidas ligeramente para la comunicación de ambas riberas (1). Además los galos comenzaron los primeros á construir nuevas barcas, ahuecando troncos, y muy pronto los mismos soldados, invitados á la vez por la abundancia de materiales y la facilidad del trabajo, labraron apresuradamente canoas informes que bastasen para flotar en el agua con ellos y su equipaje.

Todo estaba dispuesto ya para el paso, pero se veía con temor toda la orilla opuesta cubierta de caballos y hombres. Para desalojarles, mandó Aníbal á Hannón, hijo de Bomílcar, que partiese á la primera vigilia de la noche, con parte de sus tropas, especialmente españoles; que remontase el río por espacio de un día de marcha, que le atravesase en seguida lo más pronto y secretamente posible y que hiciese describir gran rodeo á su

(1) Estas barcas no servían únicamente para la comunicación entre las dos orillas, para lo que no se necesitaba tan considerable número, sino más bien para el transporte de las mercancías que venían por mar, de las que estos pueblos hacían mucho consumo.



ejército con objeto de atacar al enemigo por la espalda en el momento oportuno. Los galos, que habían de servirle de guías, le dijeron que veinticinco millas más arriba el Ródano abrazaba un islote, y que siendo más ancho en el punto que se dividía, y por lo mismo menos profundo, ofrecía allí fácil paso. Cuando llegaron á este punto, los soldados de Hannón se apresuraron á cortar árboles y construir almadías para trasportar los caballos, los hombres y equipajes. Los españoles, sin tomarse este trabajo, colocaron sus vestidos sobre odres y cruzaron el río tendidos sobre sus escudos. El resto del ejército, habiendo pasado sobre balsas reunidas, acampó en las orillas del río; y como estaban fatigados por la marcha nocturna y el trabajo, descansaron durante un día, atendiendo el general á cumplir exactamente su misión. Al siguiente se puso en marcha Hannón, y por medio de hogueras dió á conocer que había pasado el Ródano y que se encontraba cerca. Ante este aviso, para no perder la ocasión, dió Aníbal la señal del paso. La infantería tenía ya preparadas y dispuestas sus canoas; los jinetes, de los que casi todos los caballos seguían á nado, ocupaban las barcas grandes, que avanzando en fila delante de las otras para vencer la fuerza de la corriente, facilitaban la travesía á las canoas que pasaban más abajo. La mayor parte de los caballos nadaban conducidos por la brida desde la popa, á excepción de los que habían embarcado ensillados y embridados con objeto de que los jinetes pudiesen utilizarlos al saltar á tierra.

Los galos acuden á la ribera lanzando diferentes gritos y entonando sus cantos de guerra, agitando los escudos sobre la cabeza y blandiendo las lanzas con la mano derecha. Sin embargo, asustábales el considerable número de barcos enemigos, el terrible ruido del río y los confusos gritos de los marineros y soldados

que se esforzaban en vencer la impetuosidad de la corriente, ó que, desde la otra orilla, animaban á sus compañeros ocupados en el paso. Muy asustados ya por el movimiento que tenían enfrente, oyeron de pronto á su espalda un grito más terrible: Hannón acababa de apoderarse de su campamento. Presentóse en seguida y se encontraron sitiados por doble terror entre aquella multitud de soldados que saltaban de los barcos y aquel ataque imprevisto que les estrechaba por la espalda. Rechazados por ambas partes, después de algunos esfuerzos para resistir, se precipitaron hacia aquel lado donde les pareció más fácil abrirse paso, y dominados por el terror, se dispersaron aquí y allá en sus caseríos. Aníbal hizo pasar tranquilamente el resto de sus tropas, despreciando ya los tumultos galos, y estableció en seguida su campamento. En cuanto al modo de hacer pasar los elefantes, creo que hubo diferentes opiniones; al menos los relatos varían mucho acerca de este hecho. Según algunos, habiendo reunido los elefantes en la orilla, irritado el más furioso de ellos por su conductor, le persiguió en el agua, por la que huía á nado y de esta manera los arrastró á todos: ahora bien; en cuanto cada animal de estos, que tanto temen el agua profunda, perdió pie, la misma corriente le llevó á la orilla opuesta. Más probable es que los trasladasen en almadías; y como este era el medio más seguro antes de la experiencia, es también el más creíble después del hecho. Lanzóse al río una almadía de doscientos pies de larga y cincuenta de ancha: para que la corriente no la arrastrase, sujetáronla con fuertes cuerdas á la parte superior de la ribera y la cubrieron de tierra para simular un puente sobre el que pudiesen avanzar aquellos animales con tanta seguridad como en el suelo. Unióse á la primera otra igualmente ancha pero de cien pies de larga, para la travesía; y cuando los elefantes, marchando sobre



la almadía fija como por un camino, siguiendo á las hembras, hubieron pasado á la pequeña, cortando en seguida las cuerdas que la retenían, la remolcaron á la otra orilla algunas barcas ligeras. Desembarcados los primeros, fueron trasportados sucesivamente de la misma manera los demás. No mostraban inquietud alguna mientras marchaban como sobre un puente sólido: su miedo comenzaba cuando, separándose la segunda almadía, se veían arrastrados en medio del agua; estrechándose entonces los unos contra los otros, porque procuraban los que estaban en los extremos alejarse del agua, ocasionaban alguna confusión, hasta que les contenía el temor que les inspiraba la vista del agua. Algunos á fuerza de agitarse cayeron al río; pero sostenidos por su propio volumen, después de derribar á sus conductores, encontraron pie insensiblemente y ganaron la orilla.

Durante el paso de los elefantes, Aníbal envió quinientos jinetes nómadas hacia el campamento de los romanos para conocer su posición, sus fuerzas y sus propósitos. Estos jinetes encontraron á los trescientos romanos que, como ya se ha dicho, partieron de la boca del Ródano, trabando un combate mucho más terrible de lo que correspondía á tal número de combatientes; porque, sin contar los numerosos heridos, la matanza fué casi igual por ambas partes. El miedo y la fuga de los nómadas dieron la victoria á los romanos, fatigados ya; los vencedores perdieron cerca de ciento cincuenta hombres entre romanos y galos, y los vencidos más de doscientos. Este combate, preludio y comienzo de la guerra, anunciaba á los romanos que el resultado de la lucha les favorecería, pero también que sería sangrienta la victoria, enérgica y tenazmente disputada. Cuando después del combate, los dos bandos se reunieron á sus jefes, Escipión no pudo hacer otra

cosa que arreglar su conducta á los propósitos é intentos del enemigo; Aníbal estaba incierto acerca de si continuaría su marcha hacia Italia ó si combatiría aquel ejército romano, que era el primero que se presentaba. Separóle de esta idea la llegada de los legados boyos y del jefe Magalo, quienes prometiéndole guiarle y compartir sus peligros, le aconsejaron no comenzar la guerra sino en Italia y con todas sus fuerzas. El ejército cartaginés temía al enemigo, á causa de los recuerdos frescos todavía de la última guerra; pero le amedrentaban mucho más la longitud del camino y especialmente los Alpes, que la fama presentaba á su inexperiencia bajo horrendo aspecto.

En cuanto Aníbal decidió continuar la marcha y entrar en Italia, celebró una asamblea general, y agitó de diferentes maneras el ánimo del soldado con reconvencciones y exhortaciones. «Asombrábale que ánimos siempre valerosos se encontrasen sobrecogidos de repentino temor. Desde muchos años, la guerra no había sido para ellos más que una serie de victorias; no habían dejado la España sino después de haber sometido á Cartago todos los pueblos, todas las tierras que abrazan dos mares opuestos. Indignados después porque los romanos reclamaban á los vencedores de Sagunto como otros tantos culpables, habían cruzado el Ebro para destruir el nombre romano y para libertar al universo. Entonces no pareció á nadie largo el camino cuando partían del Occidente para ir al Oriente; y ahora que ya han recorrido la mayor parte, que han cruzado los Pirineos entre tantos pueblos feroces, pasado el Ródano, ese gran río, á pesar de tantos millares de galos y de la impetuosidad de la corriente; cuando tienen delante los Alpes, cuya opuesta vertiente pertenece á Italia, en las mismas puertas del enemigo se detienen cansados. ¿Creían acaso que los Alpes eran otra cosa que montañas altas?



Que los supongan más altos que los Pirineos, ninguna tierra toca al cielo ni es inaccesible á los hombres. Los Alpes están habitados y cultivados: producen y alimentan seres vivientes; son practicables para algunos hombres: ¿no lo serán para los ejércitos? Los legados que veían no los habían atravesado volando; además, sus antepasados no eran indígenas, sino que, nacidos en tierra extranjera, habían ido á establecerse en Italia, y frecuentemente, bandas numerosas, llevando en pos mujeres y niños, como acontece en las emigraciones, habían cruzado aquellos Alpes sin peligro. ¿Qué podía ser inaccesible ó infranqueable para el soldado armado que solamente llevaba su equipo de guerra? ¿Cuántos peligros, cuántas fatigas no habían soportado durante ocho meses para apoderarse de Sagunto? Y cuando marchaban sobre Roma, capital del mundo, ¿qué obstáculo podía parecerles bastante grande y bastante temible para detenerlos en su empresa? Los galos se apoderaron en otro tiempo de aquella ciudad á la que los cartagineses temían acercarse. Deben, por consiguiente, ó confesarse inferiores en valor y en firmeza á aquella nación tantas veces vencida por ellos en pocos días, ó no esperar otro término á su marcha que el campo que se extiende entre el Tíber y las murallas romanas.»

Después de exhortarles de esta manera, les manda comer, descansar y prepararse para la marcha. A la mañana siguiente, remontando la orilla del Ródano, gana el centro de los campos, no porque fuese el camino más directo hacia los Alpes, sino porque pensaba que cuanto más se alejase del mar, menos se expondría á encontrar á los romanos, con quienes no quería combatir hasta llegar á Italia. En cuatro campamentos llegó á la Isla. Allí es donde el Isere y el Rodado, bajando de dos puntos diferentes de los Alpes, reúnen sus aguas, después de haber abrazado cierta extensión de terreno, lo que

hace llamar isla á este espacio rodeado de agua. Más allá están los alobrojes, que no ceden á ningún otro pueblo de la Galia en fuerza y esplendor. Encontrábanse entonces divididos éstos, porque se disputaban el trono dos hermanos: el mayor, llamado Branco, que lo había ocupado primeramente, acababa de ser depuesto por el menor y la juventud del país, que tenían de su parte la fuerza á falta del derecho. La decisión de esta querrela tan oportuna quedó encomendada á Aníbal, quien encontrándose de esta manera árbitro de un reino, dió la posesión al hermano mayor, accediendo al deseo del Senado y de los grandes. En recompensa recibió víveres y toda clase de provisiones en abundancia, especialmente ropas, de las que necesitaba hacer acopio en vista de los intensos fríos de los Alpes. Cuando después de calmar las divisiones de los alobrojes se puso en marcha hacia los Alpes, no tomó el camino recto, sino que se inclinó á la izquierda hacia el país de los tricastinos; en seguida, siguiendo el lindero del país de los vocuncios, llegó al de los tricorios, sin encontrar obstáculos, hasta que llegó á las orillas del Druencia. Este río, que también brota en los Alpes, es indudablemente el más difícil de atravesar de todos los de la Galia; porque, á pesar de su caudal considerable, no soporta barcas, no estando contenido por orillas, sino corriendo por muchos lechos á la vez y nunca por los mismos, formando vados y remolinos nuevos, lo que hace su paso muy incierto hasta para los peatones; arrastra además rocas arenosas, no ofreciendo nada sólido ni seguro al que pretende cruzarle. Engrosado entonces por repentinas lluvias, dió lugar á mucho tumulto en el paso, tanto que, además de otros peligros, los soldados se turbaban recíprocamente con su propio miedo y confusos gritos.

Cerca de tres días después de la marcha de Aníbal



de las orillas del Ródano, el cónsul P. Cornelio marchó formando el cuadro sobre el campamento de los cartagineses con el propósito de combatir en el acto; pero cuando vió desierto el campamento, y que no le sería fácil alcanzar á los cartagineses que le llevaban tanta delantera, volvió hacia sus naves, con objeto de detener á Aníbal más fácil y seguramente á su descenso de los Alpes. Sin embargo, para no privar del socorro de los romanos á España, que le había designado la suerte, envió contra Asdrúbal á su hermano Cn. Escipión con la mayor parte de sus tropas, no solamente para proteger á sus antiguos aliados y adquirir otros nuevos, sino que también para arrojar á Asdrúbal de España. El mismo, con escaso ejército llegó á Génova, esperando defender la Italia con el ejército que se encontraba en las orillas del Pó. Aníbal marchó del Druencia hasta los Alpes, casi constantemente por terreno llano, sin que le molestasen en nada los galos de aquellas comarcas. Allí, aunque los soldados estaban ya precedidos por la fama, que ordinariamente exagera las cosas desconocidas, cuando al contemplar la altura de aquellas montañas, las nieves que parecían confundirse con el cielo, las pobres cabañas suspendidas en los picos de las rocas, las ovejas y caballos encogidos de frío, los seres humanos con largas cabelleras y casi salvajes, los seres animados é inanimados paralizados por el hielo, toda aquella desolación del invierno, renovó el terror del ejército. Cuando comenzaron á cubrir las primeras pendientes, vieron á los montañeses apostados en las alturas: si se hubiesen ocultado en el fondo de los valles para caer repentinamente sobre los cartagineses, les habrían ahuyentado y deshecho. Aníbal mandó detener las enseñas y envió galos delante para reconocer el terreno. Enterado de que no había paso por aquel lado, acampó entre mil precipicios en el valle más extenso

que pudo encontrar. Después, aquellos mismos galos que, gracias á la afinidad de su idioma y de sus costumbres, habían podido mezclarse en las conversaciones de los montañeses, habiéndole enterado de que solamente de día guardaban el desfiladero, y que por la noche cada uno volvía á su cabaña, desde muy temprano avanzó hasta el pie de las alturas como para forzar el paso abiertamente y en pleno día, empleándolo todo en simular lo contrario de lo que proyectaba, y se atrincheró en el sitio mismo en que se había detenido; pero en cuanto observó que los montañeses habían abandonado las alturas y que no estaban guardados los puestos, encendiendo, para engañar al enemigo, muchas más hogueras que hombres quedaban allí, dejó los bagajes y caballos, y con la mayor parte de la infantería atravesó apresuradamente los desfiladeros con una tropa ligera, compuesta de sus soldados más valientes, y se estableció sobre las alturas que el enemigo había ocupado.

Al amanecer levantaron el campo y el resto del ejército se puso en marcha. Los montañeses, á una señal dada, corrían ya desde sus castillos á su puesto acostumbrado, cuando de pronto ven sobre sus cabezas á una parte de los cartagineses, ocupando su fortaleza de rocas y subiendo los otros por el camino de la montaña. Al pronto, hiriendo á la vez sus ojos y su ánimo aquel doble espectáculo, les detuvo un momento; pero cuando vieron el apuro del ejército en el desfiladero, el desorden ocasionado por su misma turbación y especialmente por el miedo de los caballos, persuadidos de que la menor alarma que añadiesen ellos bastaría para perder el ejército enemigo, lánzase por todas partes desde lo alto de las rocas, acostumbrados como están á practicar los parajes más difíciles y escarpados. Los cartagineses se encontraban detenidos á la vez por los